

manchas de sangre, los primeros anales de la República francesa. Habían por extremo cambiado en aquel momento las posiciones respectivas de los diversos grandes actores ó protagonistas que llenaban el escenario de la revolución: los girondinos de la extrema izquierda radical donde peleaban á una con el Rey, acababan de pasar á la extrema derecha republicana, ocupando de cierta manera y hasta cierto punto, el sitio antes ocupado por el Rey. Así habían todos ellos pensado en una federación de provincias que impusiese á la capital el destronamiento de Luis XVI; habían todos ellos conducido como de la mano los marseleses, primeros vociferadores de la República y primeros asaltantes de las Tullerías; habían asistido á la conspiración generadora del gran golpe revolucionario y al asedio último del templo monárquico, teniendo luego que replegarse tras la victoria sobre su derecha y que convertir todos aquellos instrumentos de impulso y de progreso, en instrumentos de resistencia y de freno. Pero no hay que dudar, el federalismo anti-monárquico de la Gironda cayó sobre su cabeza, cuando proclamada la República pudieron acusarlos con algún viso de verdad y con algún fundamento cierto, de federales y separatistas por ende, los republicanos unitarios. Uniéronse á éste mácula en ellos, su perplejidad respecto de la República, su famosa musa inspiratriz verdadera de sus discursos y de sus escritos, quería la República y marcaba con el sello republicano á todos los girondinos; pero éstos considerando la República un ideal justo y hasta una solución incontrastable, porfiaban por preparar el pueblo inapercibido á su ejercicio y por hacerla tan estable y conservadora que se apartase poco, tamaña República parlamentaria, de la Monarquía constitucional. Respecto de esto, los girondinos se hallaban en lo cierto, pues toda nueva forma de gobierno en sus comienzos, debe asemejarse mucho á la forma de gobierno reemplazada por ella, pues así lo quiere el espacio que se compone de puntos, el tiempo que se compone de instantes, la razón que se compone de series, la serie que se compone de términos análogos. Mas esta obra de alta política necesitaba de una grave circunspección y los girondinos adolecían de un terrible apasionamiento. Ellos combatían, ellos provocaban, ellos eran los primeros en intentar por una guerra lo que sólo se podía en verdad hacer por una conciliación. Así la víspera de la Convención, se reunieron dos tertulias de diputados diversos, una en los jardines revolucionarios del palacio real y otra en los salones girondinos de madame Roland. Esta última tertulia proclamando primero la justicia de toda institución republicana, reconoció luego su necesidad y se propuso dar largas á la proclamación definitiva de forma tan indispensable, empezando por organizarle una Constitución moderada, en sabia congruencia con su reciente natividad y con sus peligrosos comienzos. Mas la otra tertulia de los republicanos avanzados, presidida por Saint-Just se propuso acelerar el movimiento, conviniendo en prescindir de todo método, en arriñonar todo plazo, en destruir todo conato de tardanza, proclamando el régimen republicano en la primera sesión parlamentaria del nuevo constituyente Congreso. Estas dos asociaciones

reunidas en dos puntos tan diversos, resumían cada cual por su parte los dos grupos capitales de la Convención, los dos partidos en guerra, las dos idealidades contrapuestas, la moderación de los girondinos una, la exaltación de los robespierristas otra. Hay que hallarse muy empapado en estas contradicciones entre la diputación parisiense á que pertenecían Robespierre, Marat, Dantón, y las diputaciones departamentales en que campaban por su respeto, los corifeos de la Gironda. Una serena calma, una profundísima paciencia, un espíritu claro de conciliación y de concordia, una política circunspecta, una serie de transacciones, hubiera podido alcanzar resultados moderadísimos, pero la pasión de madame Roland discurría por el sentimiento y el pecho de la Gironda y las pasiones ¡ah! son muy malas consejeras en política.

Bajo estos auspicios la Convención se inauguró. Pasado el incidente que suscitara Manuel sobre los honores debidos á Pétion en su presidencia del Congreso, los apercebidos á precipitar la proclamación de una República radical, tras varias invocaciones al gran principio de igualdad, lanzaron el prestigioso nombre á los aires, y propusieron un inmediato reconocimiento unánime del régimen republicano. Repugnaba esta precipitación el numeroso grupo llamado la Llanura; repugnábala el activo grupo llamado la Gironda; repugnábala todos aquellos que sabían cómo el tiempo se venga de cuanto se hace sin atender á él; pero la electricidad, tan difusa en los aires, la sobrecitación tan intensa en los nervios, el poder mágico de la palabra República, las inquietas esperanzas de los impacientes, las perspectivas abiertas á todos los ojos de un porvenir mejor, hicieron su oficio y arrastraron la totalidad del Parlamento á lo que sólo deseaba una minoría exigua, siquier audaz é imperiosa. Los asistentes á las tribunas se pusieron en pie al oír la proposición. Un huracán de vivas y una tormenta de aplausos llenó los aires. El partido republicano extremo agitó los brazos, como queriendo estrechar contra su corazón á los demás republicanos; el entusiasmo corrió como un reguero de pólvora; los inciertos salieron de su incertidumbre, los perplejos de su perplejidad. La Gironda sintió despertarse con ardor el antiguo ideal que presidiera como una estrella todas sus creencias y toda su vida; la mayoría se dejó arrastrar por la Gironda, y en súbito momento se resolvió por unanimidad aquello mismo que, con raras excepciones, se quería retardar y aplazar por todos. Habíamos pasado, pues, en el relampagueo de un minuto la línea ecuatorial que separa el hemisferio de la vieja sociedad, del hemisferio de la sociedad nueva. La monarquía, muy anterior entre nosotros al catolicismo, fundada por los Césares romanos, reditiva en las tribus francesas, remedo del antiguo imperio en los tiempos carlovingios, bautizada sobre la frente de Clodoveo por la sacra mano de San Remigio, salvadora de Francia en los campos donde Carlos Martel venció á los árabes, semigótica en una parte de su historia; pontificia durante la dominación de Cluny; feudal con los sucesores de Carlo-Magno; caballeresca en las cruzadas; suscrita contra el catolicismo durante la cautividad de Avig-



non y el cisma de Occidente; fundadora de la unidad francesa con Luis XI; maquiavelesca y artística con los Valois; feroz y sanguinaria con Catalina de Médicis y sus secuaces; tolerante bajo la dominación del gran Enrique IV; cooperadora con Richelieu al predominio de las naciones luteranas sobre las naciones ortodoxas por odio á España y Austria; grandiosa y omnipotente con Luis XIV, inspiró la fantasía de todos los poetas; soltó la fecunda lengua de los grandes oradores sagrados; llenó con el soplo de su espíritu los cielos franceses, y la tierra con las obras de sus soldados; hizo la Francia territorial, bien que sobre las espaldas de los siervos, moviéndose á su arbitrio desde los átomos del suelo hasta los pensamientos de su espíritu. No se puede comprender, como no se haya experimentado, lo que significa una institución en los pueblos viejos que fuera trofeo de todos los triunfos, numen de todas las artes, compañera de la religión y del culto, depositaria de todos los recuerdos, museo de todas las glorias, levadura de todas las costumbres, alma de todas las tradiciones, consustancial con la tierra patria; divina, casi, por lo que ha vivido en la sucesión innumerable de los tiempos análogos, son una verdadera eternidad. Los habituales á idolatrar al Rey, creyéndolo su providencia, si pierden de vista la corona para siempre, se hallan como si para siempre hubieran perdido de vista el sol que los calienta y los alumbra. La religión se cree sin su numen secular, el arte sin su inspiración antigua, el hogar sin su nato patriarca, la ciencia sin su lumínar más espléndido, el patriciado y la corte sin su jefe, los pueblos sin su guía, el Estado sin su clave, y hasta la tierra sin su savia. Y, á cambio de una tan grande institución, á la vez confundida con los campos patrios y con los etéreos cielos, en contacto con las generaciones muertas, como brotada del sepulcro de nuestros mayores, aparece una institución desconocida, nueva, formada por la razón pura, que muy pocos alcanza, en pugna con todos los sentimientos antiguos, poco aplicable á pueblos connaturalizados con el catolicismo y con la monarquía. Se dice que la vejez se distingue por sus achaques; pues hay que creer no achacosa, porque sería impropia la palabra, débil y tenue y fugaz la infancia, que, como las mariposas y las flores, tiene muy cerca del nacer la muerte. Todo lo que nazca en el mundo nacerá imperfecto. Platón, el sublime Platón se asemejaba en la infancia de suyo, al más indómito y al más brutal de los salvajes niños. Y si esto sucede con las personalidades naturales, imaginaos lo que sucederá con esas personalidades superiores que se llaman estados, entidades sociales de una incalculable magnitud, y necesitadas para desarrollarse y crecer, de innumerales siglos. En cosa ninguna se conoce tanto la poca virtualidad que tienen las palabras, como en los senos de la política. Aquellos jacobinos, fanatizados por la supersticiosa elocuencia de Robespierre; aquellos dantonianos, creídos de que bastaba el hercúleo esfuerzo de su jefe para hacer vívida y duradera la revolución; aquellos girondinos, helenizados por la elocuencia y por el arte; aquellos filósofos herederos de un tesoro ideal más abstracto que práctico, creyeron resolverlo todo con escribir la República en el aire, porque

desde la hora de su proclamación, comenzaba, como decimos en nuestra lengua popular y corriente, Cristo á padecer.

Hubo un momento muy fugaz, pero muy luminoso, en que todo el espíritu humano y toda la sucesión de los siglos se condensaron en el cerebro de la Convención. Este momento puede compararse con los momentos más sublimes en la historia, con el cenáculo de los apóstoles en Jerusalén y el concilio de la Iglesia universal en Nicea y el Parlamento que fundó la República de Inglaterra y el Congreso que levantó la República en Filadelfia, y las sublimes Cortes de Cádiz, que mostraron cómo se defiende la libertad y como se redime la patria frente á los tiranos y frente á los conquistadores. Para comprender toda la magnitud del esfuerzo hecho por la Convención y toda la santidad y todas las revelaciones al proclamar la República, es necesario contemplar de una ojeada los tiempos que la República cerraba y los tiempos que abría la República. De un lado el feudo y de otro la propiedad; la Inquisición de un lado y de otro la idea libre; de un lado las castas y de otro lado los derechos; en los tiempos monárquicos el cáncer de todos los privilegios, mientras en los tiempos democráticos, la cristiana y santísima igualdad. Cierto, muy cierto que aquel enorme alumbramiento de una sociedad nueva, iba por necesidad acompañado de dolores intensos, de violencias extremas, de mortales desarreglos nerviosos, del quebrantamiento universal en la sociedad francesa; pero yo pregunto: qué parto ha sobrevenido en la tierra, qué parto de criatura humana, sobre todo, sin ir acompañado por lágrimas y sangre. La Convención quizás erró para su tiempo y para su generación, estableciendo un régimen repulsivo á las creencias y á las tradiciones francesas, pero acertó para todos los tiempos, porque tal régimen se dilatará tarde ó temprano de Petersburgo á Cádiz y tarde ó temprano fundará la confederación progresiva y continental de los pueblos europeos libres y republicanos. No se pueden adelantar los tiempos, cumplir las ideas, renovar las sociedades humanas, escribir en los anales de la historia un régimen progresivo nuevo, encarnar el verbo en las generaciones sociales, sin que todo esto cueste muchos sacrificios y sin que todos estos sacrificios traigan aparejados muchísimos dolores. ¡Cuál, de todos aquellos que han revelado una fase de la verdad ó que han traído un término del progreso, dejó de arrastrar su cruz y de morir en su Calvario! Aquí una hoguera, más allá la cicuta, en otros puntos del espacio y en otros días del tiempo, la tortura; componiendo la redención lenta de nuestra humanidad, una serie de aras llenas de holocaustos, donde todos los reveladores han tenido que ser por fuerza y por necesidad mártires. Pues si esto sucede á los individuos, imaginaos lo que puede suceder á las colectividades. Todavía el individuo por muchas contradicciones que lleve dentro de sí mismo, tiene una voluntad y un solo pensamiento, que puede determinarlo á creer y obrar con arreglo á su propio albedrío y á su propia conciencia, de los que siempre será dueño absoluto. Pero una colectividad como la Convención desgarrada por contradicciones de ideas y por gue-



rras de sentimientos entre sus miembros capitales, no podía moverse de ninguna manera, sin producir enormes sacudimientos, como no se puede sembrar el trigo sin que surque la tierra el arado, y no se puede ingertar el árbol sin que la cuchilla hiera y atormente y desgarrar sus mejores fibras. Cometerá la Convención cuantos crímenes constan en los anales de la historia; sustituirá el trono con la guillotina en permanencia; sembrará el terror en los cuatro puntos cardinales del cielo; continuará las matanzas de Septiembre; concluirá suicidándose al inmolar sus más elocuentes oradores y sus más expertos estadistas, pero habrá de aquel incendio cósmico hecho un astro como el sol y difundido su éter y su calor por todos los espacios del mundo. No puede juzgarse á la Convención en abstracto, como se juzga una idea pura de la mente; hay que juzgarla con arreglo al punto concreto en que ha nacido. Extraviados todos los ánimos, volcanizadas todas las pasiones, estremecidos todos los afectos, el crimen desbocado por las calles, la dictadura erigida en el ayuntamiento, perdurable la conjuración reaccionaria, sublevado el clero, en armas los patricios, la Vendée ardiendo bajo sus cóleras monárquicas, tendencias federales aquí, tendencias separatistas allá, los clubs en delirio, los pensamientos en ebullición, todas las viejas costumbres malheridas y todas las nuevas mal asentadas, la irrupción en el Este, amenazador todo el Continente, coligados todos los Reyes y con dos guerras que conjurar, la guerra civil y la conquista extranjera. Pero siempre que convertía la Convención sus ojos á los tiempos futuros, siempre acertaba, por lo mismo que poseía el arte mágico de adelantarse por mil modos á la edad en que naciera. Sólo así puede comprenderse un hecho inverosímil y quizá único en los anales del mundo. Musa desordena y epiléptica, sobre su estremecida tripode, bajo su caldeado cielo, entre terremotos y tempestades, dijo encarándose con los ejércitos de la libertad que cantaban en el Este la Marsellesa: «decreto la victoria.» Hasta entonces los poderes públicos habían decretado el combate, pero entonces por primera vez en el tiempo, enseñoreada la Convención de sí misma, comprendiendo por intuiciones milagrosas su infalibilidad y su omnipotencia, decretó el triunfo y se cumplió el decreto. El Congreso exclamó decreta la victoria y el ejército consiguió en Valmy la primer ventaja de la República sobre la monarquía, obedeciendo como una máquina fatal á su Convención soberana. Parecerá todo esto un delirio, una demencia, un sueño, pero todo esto ha salvado al mundo, todo esto ha roto las cadenas, ha suspendido los tormentos, ha formulado el derecho, ha convertido la Europa de los Reyes en la Europa de los pueblos. ¡Llor eterno á la santa y fecunda libertad!

Cuesta mucho trabajo pasar desde las sesiones en que los convencionales decretaron la República y la victoria por unanimidad, á las sesiones en que los convencionales se dividieron, estallando en aquella grande asamblea una guerra civil cruentísima entre todos sus partidos. No fueron ciertamente las sesiones que subsiguieran á las primeras, tan sublimes y tan fecundas y tan inspiradas como éstas. El genio de la discordia se levantó allí,

soplando con soplos letales sobre la prudencia de los primeros días y sobre aquellos creadores entusiasmos, hasta extinguirlos para siempre. Comenzó la discordia por unas cartas de Roland al Parlamento; de Roland, que se gozaba en escribir mucho desde un ministerio donde debía sólo hacer algo, y hacerlo con prontitud y con acierto. Estas comunicaciones de Roland, escritas por su mujer con una elocuencia que se acercaba mucho á la elocuencia tan admirada de Rousseau, promovían toda suerte de sonrisas, dando margen á las innumerables calumnias con que suelen perseguirse y asesinarsen unos partidos á otros, en el estadio tormentoso de la política. Perpetuadas las degollaciones inenarrables de Septiembre, bajo el gobierno de Roland, jefe del ministerio encargado de la seguridad y de la paz pública, este hombre virtuoso y honesto, resbaló en el cruor que dentro de las prisiones hervía, y se manchó, inocente y desgraciado, de sangre, desde los pies á la cabeza. Nada tan fácil como que, dados los desarrollos de la revolución del 10 de Agosto, armadas al acaso muchedumbres anónimas é irresponsables; constituido un gobierno dictatorial en cada barrio parisién, por las secciones municipales, erigida la dictadura comunera, el poder con tres cabezas, como el Congreso, el Ayuntamiento y el ministerio, la conjura realista exacerbada, Marat y sus verdugos en triunfo, la irrupción extranjera en comienzos, Roland ni siquiera supiese cuanto pasaba en los calabozos, que pudo perpetrarse á sus espaldas, no ya sin la complicidad que le imputan sus calumniadores y sus enemigos, sin conocimiento siquiera de tales enormísimos hechos. No hay método histórico tan sujeto á error, como el empeñado en prescindir de las minucias y de los detalles que tiene la vida en sus manifestaciones y el tiempo en su carrera. Roland, elevado al gobierno por una revolución triunfante y teniendo que transigir con revolucionarios que se agitaban para consolidar la obra del 10 de Agosto, forzado, por los deberes de su cargo y por las exigencias de su posición, á conjurar el amago de reacción realista y de irrupción extranjera, creyó, en los primeros momentos de las matanzas, al recibir las primeras noticias del sitio puesto por los irruptores á tantas ciudades francesas, que los terroristas defendían la patria y consumaban un acto de justicia nacional, imposibilitado de medir la enormidad de aquel acto, ni de calcular sus terribles y pavorosas consecuencias. Se necesitó que la sangre rehosara de los calabozos; que la figura de Marat apareciese como un monstruo de terrible pesadilla en toda su asquerosa desnudez; que se mostrase la incompatibilidad entre la dictadura comunera y el gobierno regular; que llevasen los sicarios manchados de sangre hasta querer prenderlo y arrastrarlo á la guillotina, para que Roland comprendiese cuál espantoso crimen se había cometido bajo los días de su gobierno y con la tolerancia inconsciente de su persona. Por la brecha del 10 de Agosto habían entrado juntos en el poder y en el triunfo, dantonianos, robespieristas, girondinos, liberales moderados, comuneros, marseleses, los hombres de las picas sustituyendo á los caballeros del puñal, todos los beneficios innumerables y todas las maldades